

Santa Misa Crismal (01-04-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos sacerdotes presentes de nuestra Arquidiócesis de Lima; querido señor nuncio; hermanos obispos; hermanos y hermanas todos:

Cuando nos reunimos en la Misa Crismal, el tema de la unción aparece en todas las lecturas. Y la unción tiene que ver con el aceite -en el caso del aceite de oliva- el crisma pero, sobre todo, con la capacidad de penetración que este símbolo tiene para convertirse realmente en la fuerza del Espíritu Santo que nos penetra. Y toda nuestra vida de fe está marcada por esa unción en el Bautismo, pero mucho más cuando asumimos la vocación de presbíteros, de sacerdotes, que también somos profetas y somos reyes; tenemos que pensar y meditar en esta Semana Santa cuánto ha calado esa penetración en cada uno de nosotros, hasta llegar a la punta de los dedos de los pies. Y cuánto, esa penetración, nos puede permitir decir: esas Escrituras que acaban de escuchar se cumplen hoy.

Si nosotros somos seguidores de Jesús, esas palabras tendrían realmente que estarse cumpliendo, pero depende de la intensidad, de la profundidad y de los pormenores de la penetración de la unción en nosotros. Por eso, siempre es complicado que algo que es invisible, pero que es una determinación vocacional y que supone en nosotros una fe permanente, una disponibilidad permanente, un escuchar los desafíos del mundo, de los problemas distintos, especialmente, el desafío de los que están en pobreza, de los que son cautivos, de los que están ciegos, de los que son oprimidos, si es que forman parte de nuestra misión y estamos auxiliándolos. Tema muy importante para nosotros en el mundo actual, en el cual las élites puras, las élites

fantásticas, las élites *Epstein*, forman parte de grupitos selectos que lo único que hacen es destruir a la humanidad.

¿No será que nosotros también, como los sacerdotes de Israel, tenemos la tentación de formar ese tipo de élites? Élites, además, que permanentemente juegan: yo te doy, tú me das. Y empiezan a intercambiar favores, empiezan a hacer imposible la vida de la Iglesia. Yo estoy muy agradecido, sobre todo, a los sacerdotes jóvenes que han entrado vivamente en la riqueza y la fuerza del misterio de la ordenación. Se han ido a lugares pobríssimos a trabajar sin ninguna resistencia y con una amorosidad y servicio que es impresionante, sobre todo, cuando uno es joven.

No es necesario rejuvenecer a nuestro sacerdocio hoy día. Todo el esfuerzo hecho por el Papa Francisco de abrir el camino sinodal, no para debatir en torno a la palabra “sinodalidad”, si es lícita o no es lícita, sino para abrir al Pueblo de Dios para que tenga su Palabra y sea tratado de igual a igual, como es en la comunidad cristiana, donde todos somos importantes, aunque no todos tenemos la misma tarea y función y misión, o los niveles de misión son distintos.

Ese tiempo de la Semana Santa es para culminar un proceso de reflexión que hemos venido haciendo en estos meses, en estas semanas de la Cuaresma, pero, sobre todo, para renovar y decidirnos a ser capaces de decir: “estas Escrituras se cumplen hoy.” Como Jesús, que estaba convencido de que se estaban cumpliendo. ¿Por qué razón? Porque todo su ministerio fue abrir los ojos de los ciegos, socorrer a los cautivos, liberar a los oprimidos y anunciar un año de gracia, no los años de desgracia que está viviendo la humanidad hoy.

Y necesitamos reparar seriamente. ¡cuánta de la desgracia de la humanidad hoy se debe a nuestra inacción, a nuestra falta de misión, a nuestra falta de evangelización! ¡Cuánto hemos sido responsables en la Iglesia, a nivel universal, de haber estado pensando intraeclesialmente y sin pensar en el mundo que se venía abajo! ¡Cuánto en el mundo de hoy se debe a nuestra pasividad total respecto de los problemas que existen hoy día y que hemos dejado correr, y que lo hemos reducido a un tema de ateísmo, persecución, locura y sociedad loca! Creyendo que nosotros somos los honrados, los honestos, los buenos, nosotros sí nos portamos bien, cuando por nuestras venas corre también la sangre de cosas muy graves.

La Iglesia, con el Papa Francisco, ha tenido 13 años de renovación, de volver a las fuentes. Y el Papa León XIV se ha propuesto algo parecido cuando, en el último consistorio, nos dijo que hay dos prioridades fundamentales: la sinodalidad y la retoma de la evangelización, del Evangelio de la alegría. Cosas fundamentales que son más importantes incluso que la reforma de la Curia romana y que el tema de la liturgia, que también tienen son importantes, pero que se han dejado en segundo lugar como las prioridades de este papado.

Yo agradezco mucho que, en este proceso, hayamos ido entrando todos poco a poco, porque a veces no tenemos todos los recursos, ni las condiciones, ni las maneras de pensar para acceder a este movimiento profundo de la Iglesia. Pero es hora de que recapacitemos si somos resistentes. Es hora de que nos pongamos en sintonía, incluso si, siendo colaboradores y abiertos, no pensamos en las dimensiones que se nos abren de exigencia en el futuro. Una exigencia que, en la síntesis perfecta del Santo Padre, se ha trasladado a la frase: *la paz desarmada y desarmante*.

¿Quién es el desarmado que nos desarma? Jesús en la Cruz, que es el único que resucita, para dar vida a todos, para que resucitemos de la misma manera. Y para eso nos está diciendo indirectamente el Papa León XIV que nos queda solamente el camino del martirio. Martirio que ya ha empezado a vivir él, igual que el Papa Francisco, con los asedios de ciertas organizaciones que empiezan a difamarlo.

Hermanos y hermanas, necesitamos recapacitar y estar a la altura de la época en que hemos sido premiados como peruanos, con un Papa que pasó por aquí y se hundió con nosotros, se sumergió en nuestros problemas. Pero hay que tomarnos en serio, porque esto no es folclor, no es para tomarse la foto y salir en el periódico; es para asumir la responsabilidad tremenda de dar testimonio con el martirio. Y pienso que eso nos cuesta mucho comprenderlo.

Sin embargo, para eso hacemos la Iglesia Sinodal, para que, teniendo diversas perspectivas y pensamientos, poco a poco entremos en el fondo. No hagamos un amarre bajo la mesa, vayamos y profundicemos todo lo que pensamos y corriámoslo mutuamente en los errores que tenemos, pero todo se basa en La Verdad, no en “mi” verdad. Y La Verdad es Jesucristo y su amor inconmensurable.

Hermanos, especialmente sacerdotes, hermanos en el ministerio: abrámonos a esa dimensión y estemos dispuestos a ir más a fondo. Nuestro pueblo nos ha dejado una lectura de nuestra historia en donde no llama “héroe” al que no es mártir. Nuestros héroes no han ganado guerras, nuestros héroes han muerto noblemente, entregando su vida, su corazón, con sus iniciativas. Lo he repetido varias veces: desde Bolognesi y Grau, que prefirieron morir antes que renunciar a la Patria; o como, grandiosamente, el médico que todos conocemos, Daniel Alcides Carrión, que

se inoculó el virus para que nos sanemos nosotros, y se murió.

Tenemos que tomarnos en serio la Iglesia, hermanos. Tenemos que tomarnos en serio el ministerio. Y eso es un desafío que nos toca a todos, y que no es un problema de pensamiento aquí o pensamiento allá, ni ideología aquí ni ideología allá, ni teología aquí ni ideología allá ... Es el Evangelio puro y duro de nuestra fe.

Y aquel que esté buscando exhibirse por aquí y ver si le toman fotos, y a ver si le hacen obispo y qué sé yo... eso son tonterías. Aquí es tomado para el ministerio el que tiene vocación y basta. Ya el Señor lo llama en el momento adecuado y justo. Y, dentro de poco, que me tendré que ir, tendrá que salir de ustedes mismos aquel que responde a las exigencias del anuncio del Evangelio en este momento difícil.

Y, por eso, les pido a todos que se confronten con el Evangelio y, en esta Semana Santa, se pregunten: ¿cuán cerca estoy del Jesús, que me dio la vocación?, ¿he continuado su camino? ¿Estoy disponible para todo lo que Él me pida? Y, especialmente, en estos signos de los tiempos, en donde a veces tenemos el mismo comportamiento de los sacerdotes de Israel: sabemos distinguir el clima, si es verano o si es invierno, pero los signos de los tiempos somos un poco nulos, porque, como es más difícil y más complejo, nos cuesta penetrar en las cosas. Pero, hermanos y hermanas, *amó tanto Dios al mundo que entregó a su Hijo*. Dios está en la historia, está eternamente esperándonos y alentándonos, pero ha mandado a su Hijo a meterse en la historia y abrirnos los ojos, y mirar los ojos de la gente para comprender que nos está desafiando y amando a nuevas exigencias: los pobres, los cautivos, todos los que Él mismo ha mencionado.

Por eso, hermanos y hermanas, especialmente, hermanos sacerdotes, hagamos de esta Semana Santa una verdadera semana de santidad. Abrámonos, reconozcamos nuestros límites, nuestros fracasos, las cosas buenas que hemos logrado en ese camino gracias al Señor, y también reconozcamos que muchos, incluido yo también, estamos muchas veces lejos de Él.

Que Dios los bendiga, los proteja y los siga alentando. Y que la unción del Señor les llegue hasta las uñas de los pies.